

rrido predicar de modo directo la inmoralidad familiar, pero sí se cuidaron de fomentarla so- lapadamente con leyes como la del divorcio.

Desde el punto de vista religioso, el divorcio, para los españoles, no existe. Ningún español casado, con sujeción al rito católico, que es el de casi todos los nacidos en nuestras tierras, se considerará desligado de vínculo porque una Audiencia dicte un fallo de divorcio. Para quienes,

además, entendemos la vida como milicia y ser- vicio, nada puede haber más repelante que una institución llamada a dar salida cobarde a lo que, como todas las cosas profundas y grandes, sólo debe desenlazarse en maravilla de gloria o en fracaso sufrido en severo silencio.»

José ANTONIO.

(*Arriba*, núm. 16, 4 julio 1935.)

EL RUIDO Y EL ESTILO

«Ahora resulta que nosotros, los de la Falange, hemos preferido la clandestinidad a la propa- ganda abierta. Calculo que Miguel Maura no tomará como base de su imputación los días en que vivimos, porque si tal hiciera yo tendría que retirar mi presunción de que obra de buena fe. El que ahora tengamos los centros cerrados, la prensa suspendida y la tribuna silenciosa, se debe a menudas circunstancias ajenas a nuestra voluntad, que ni Maura ni nadie puede desco- nocer. Pero, ¿antes? Hay para hacerse cruces. Durante el año anterior al 16 de febrero, contra viento y marea—porque también aquellos minis- tros de la Gobernación procuraron por tempora- das hacernos la vida imposible—, publicamos un semanario, dimos cerca de doscientos mítines, abrimos centros en todas las provincias de Es- paña y publicamos tres millones de hojas impres- sas, y, por último, presentamos cuarenta y tan- tas candidaturas para las elecciones generales. Yo creía que todo esto no era clandestinidad. Ahora veo que me equivoco. ¿Qué habrá llegado a saber de nuestro Movimiento el ciudadano me- dio español cuando político tan alerta como Mi- guel Maura, en trance de escribir benévolutamente acerca de nosotros, ni siquiera conoce que haya- mos dado señales de vida? Más: ignora hasta nuestro nombre. Dice que nuestro fascismo no tiene de italiano «sino el nombre». Y cabalmente el nombre es lo que no tiene ni ha tenido nunca:

jamás se ha llamado fascismo en el más olvidado párrafo del menos importante documento oficial, ni en la más humilde hoja de propaganda. Así, ¡ay!, nos desconocemos unos a otros en esta España de nuestros desvelos. ¿No sería cosa de pensar, aunque nos pegáramos mucho, en escu- charnos los unos a los otros alguna vez?

Precisamente cuando unos cuantos nos lanza- mos a fundar lo que ahora parece a Miguel Mau- ra «realidad preocupadora», nos impusimos como el más estricto deber el de conservar, sobre todo, aun en las manifestaciones más ásperas de la lucha, dos cosas, que casi son una: el rigor in- tellectual y el estilo. Nos horrorizaba la recaída en aquellos semibaldibuccos de nuestro adveni- miento que interpretaba como fascismo o cosa parecida el saludo, consignas secretas y el re- parto clandestino de unas docenas de pistolas. Si Miguel Maura hubiera tenido la amabilidad de leer algunos de mis discursos—desde el de la Comedia de 29 de octubre de 1933, hasta el del domingo anterior a las últimas elecciones—, si hubiera leído los trabajos publicados en *Arri- ba*, humildemente anónimos las más de las ve- ces, por mis camaradas de más clara cabeza, notaría que nuestro Movimiento es el único Mo- vimiento político español donde se ha cuidado intransigentemente de empezar las cosas por el principio. Hemos empezado por preguntarnos qué es España. ¿Quién la vió antes que nosotros